

Terror militar y democracia en el pensamiento político de León

Rozitchner.

Yagüe, Pedro Guillermo. - yague.pe@gmail.com

Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales. UBA

Recibido: 29-02-2016.

Aprobado: 04-10-2016.

Resumen: El presente artículo se propone reconstruir los principales conceptos que León Rozitchner desarrolla a la hora de pensar la singularidad del terror impuesto por la dictadura militar de 1976 en la sociedad argentina. En la primera parte del trabajo nos centraremos en la concepción materialista de la afectividad corpórea desarrollada por el filósofo argentino al final de su vida. En su *Materialismo ensoñado* Rozitchner elabora el concepto fundamental de *mater*, que le permite dar cuenta de la singularidad histórica a partir de la que se constituye la afectividad común de los hombres. Una vez desarrollado este concepto y sus derivados procederemos a analizar la forma en la que León Rozitchner entiende la singularidad del terror histórico que la dictadura ha sembrado en la sociedad argentina. Para ello desarrollaremos, en primer lugar, sus reflexiones en torno a los efectos subjetivos de la figura del desaparecido, para luego continuar con sus trabajos correspondientes a la Guerra de Malvinas y al retorno de la democracia. A modo de conclusión finalizaremos el artículo con una breve reflexión en torno al coraje como concepto en el pensamiento de Rozitchner, en tanto pasión que posibilita el enfrentamiento contra el terror imaginario.

Palabras clave: terror; Rozitchner; cuerpo, democracia; materialismo

Abstract: This paper intends to reconstruct the main concepts that Leon Rozitchner develops at the time he starts thinking the singularity of the terror imposed by the military dictatorship of 1976 in the Argentine society. At the first part of this work we will focus on the materialist conception of the affectivity of the body developed by the Argentine philosopher at the end of his life. In his *Materialismo Ensoñado* Rozitchner elaborates the fundamental concept of matter that allows him to give an account of the historical singularity from which the common affectivity in men is constructed. Once developed this concept and its derivatives we will proceed to analyze the way in which Rozitchner sees the singularity of the historical terror that the dictatorship sowed in the Argentine society. Therefore we will analyze at first, his reflections about the subjective effects of the figure of the disappeared or missing, to continue afterwards with his work about the Malvinas War and the way back to democracy. To conclude we will close the paper with a short reflection about the courage, as a concept in the thinking of Rozitchner, understood as a passion that makes the confrontation with the imaginary terror possible.

Key words: terror; Rozitchner; body; democracy; materialism

Introducción

La dictadura militar de 1976 ha dejado una huella imborrable, sellada a fuego, a lo largo del cuerpo social. Nada del presente puede ser pensado sin tomar como punto de partida esa dolorosa marca que la historia ha dejado entre nosotros. Las continuidades y rupturas del proceso iniciado en marzo del '76 deben ser, por lo tanto, las premisas de todo pensamiento que se proponga analizar las relaciones de fuerza de nuestro presente social. Innumerables variables se presentan como posibles: las políticas de memoria llevadas a cabo durante estos últimos años, la estructura económica y social inalterada durante los diferentes gobiernos democráticos, las nuevas formas de politización, las leyes financieras todavía vigentes del modelo de acumulación instaurado por la dictadura, los

efectos relacionados con la organización del movimiento obrero, el llamado campo simbólico, entre otros.

Hay, sin embargo, una dimensión analítica muchas veces descuidada a la hora de analizar los efectos concretos que la dictadura militar iniciada en marzo de 1976 sigue teniendo en el presente. Es el campo de la subjetividad. No harán falta grandes axiomas y demostraciones para afirmar que el contorno de las presentes formas de actuar, pensar y sentir se encuentra dibujado por el terror que la dictadura ha expandido a lo largo del cuerpo social. Ignorar esta premisa implicaría la negación del terror histórico sobre el que se encuentra fundado nuestro presente político. Un horizonte difícil de aprehender se extiende más allá de los límites que la historia ha establecido: una sombra proyectada por nosotros al interior de nosotros mismos. Es este más allá interno, este desvanecimiento de las propias capacidades, lo que hoy nos resulta tan difícil de pensar. Y es ardua y espinosa la tarea porque el terror nos impide sumergirnos en los oscuros rincones en los que la subjetividad se modela.

Pensar el terror es pararse justamente sobre el contorno de lo que éste, todavía, nos permite decir y sentir. Pensar el terror es al mismo tiempo, por el simple hecho de hacerlo, un intento por cruzar y desafiar ese límite. La obra de León Rozitchner aparece, en este sentido, como un enorme intento por ir más allá de estas marcas aterrorizadoras. Esta insistencia filosófica en problematizar los mecanismos y artimañas a partir de los que el terror opera en los hombres es analizado por el teórico argentino a lo largo de toda su obra. La mitología cristiana, la racionalidad científica moderna y la moral burguesa serán algunos de los campos a partir de los que León Rozitchner intentará desanudar ese complejo nudo de víboras en el que la imaginación, el afecto y la razón se enmarañan. También sus escritos históricos y coyunturales se encontrarán atravesados por esta incesante búsqueda de ir más allá de lo que el terror nos presenta como lo pensable y lo decible.

León Rozitchner sabía aprovechar las coyunturas políticas para escribir y pensar más allá de lo que éstas proponían. Era el aprovechamiento de un espacio de apertura sensible lo que le permitía indagar por fuera de lo que el acontecimiento histórico invitaba

a decir. Sus intervenciones públicas no implicaron nunca una mera reflexión *sobre* la coyuntura, sino la creación de un pensamiento al calor de misma, es decir, para sumergirse *bajo*¹ los problemas a los que la misma coyuntura somete como condición de posibilidad para la elaboración de las propias categorías. El teórico oriundo de Chivilcoy se encontraba al acecho de la coyuntura, como un francotirador, esperando que los posicionamientos se endurecieran para así hacerlos estallar en mil pedazos. Varios de sus escritos dan cuenta de esto: su trabajo sobre Malvinas desarrollado durante el transcurso de la guerra, sus artículos sobre el regreso de la democracia a mediados de los años 80, e incluso sus escritos y entrevistas al final de su vida sobre el proceso kirchnerista. También su libro sobre el peronismo y su participación en el debate *No matarás* podrían ubicarse en este tipo de análisis históricos en los que Rozitchner supo aprovechar las discusiones coyunturales para sumergirse en los oscuros rincones de la subjetividad y el deseo.

Una lectura detenida de estos trabajos nos permite advertir a lo largo de su obra una intensa reflexión sobre las marcas que el terror de la dictadura de 1976 dejó en nuestro presente político y social. Así escribía Rozitchner al llegar al país desde el exilio en 1986.

«La democracia actual fue abierta desde el terror, no desde el deseo. Es la nuestra, pues, una democracia aterrorizada: surgió de la derrota de una guerra. No la que nosotros ganamos adentro, sino la que ellos perdieron afuera. (...) La ley que nos regula ahora fue una transacción que el más fuerte hizo con el más débil, los militares con el pueblo argentino. Por eso decimos que la nuestra es aún una «democracia aterrorizada»; su ley originaria, la del terror y las armas, sigue todavía vigente como ley interiorizada en cada ciudadano, espada que pende sobre nosotros, siempre presente». (Rozitchner, 2011a: 25)

La ley de la dictadura, nos dice Rozitchner en este pasaje, sigue vigente como ley inmanente interiorizada en cada ciudadano democrático. La espada del terror se

¹ Tomamos la distinción entre el pensamiento *sobre* y *bajo* la coyuntura de “Maquiavelo y nosotros” (Althusser, 2004).

encuentra todavía pendiente como una amenaza de muerte sobre cada uno. Y más acechante es su presencia cuando no la vemos. O cuando, incluso sin verla, no nos permitimos siquiera sentir el dolor del filo de su hoja sobre nuestro pecho. Hay que saber escuchar el grito de Rozitchner: la paz política actual no es hija de una victoria, sino del terror de la dictadura. Y no podemos hacer como si esa fuerza amenazante se encontrara ausente. No si lo que queremos es mirar de frente a nuestra realidad política.

En el presente trabajo nos proponemos reconstruir los principales conceptos que León Rozitchner desarrolla a la hora de pensar la singularidad del terror impuesto por la dictadura militar de 1976 en la sociedad argentina. En el primer apartado nos centraremos en la concepción materialista de la afectividad corpórea desarrollada por el filósofo argentino al final de su vida. En su *Materialismo ensoñado* Rozitchner elabora el concepto fundamental de *mater*, que le permite dar cuenta de la singularidad histórica a partir de la que se constituye la afectividad común de los hombres. Ensoñación (*mater*) y alucinación (terror) se presentan entonces como los dos caminos posibles a partir de los que la materialidad afectiva de los individuos logra expandirse hacia el mundo. Una vez desarrollados estos conceptos procederemos a analizar la forma en la que León Rozitchner analiza la singularidad del terror histórico que la dictadura ha sembrado en la sociedad argentina. Para ello analizaremos, en primer lugar, sus reflexiones en torno a los efectos subjetivos de la figura del *desaparecido*, para luego continuar con sus trabajos correspondientes a la Guerra de Malvinas, al retorno de la democracia, y a sus artículos escritos sobre los años kirchneristas. A modo de conclusión finalizaremos este trabajo con una breve reflexión en torno al coraje como concepto en el pensamiento de Rozitchner, en tanto pasión que posibilita el enfrentamiento contra el terror imaginario.

Materia ensoñada, carne aterrorizada

Retomando las teorías de Merleau-Ponty, Spinoza, Marx y Freud, León Rozitchner le otorga al cuerpo histórico de los hombres un lugar central en su obra. Su

conceptualización combate una larga tradición que concibe al cuerpo humano como una materia meramente divisible, clasificable y analizable. Este modelo combatido, basado en la imagen de la materia desarrollada por la ciencia moderna, omite, entre otras cosas, el carácter afectivo de la vida común de los hombres. La razón cuantificadora occidental² construyó, según Rozitchner, un cuerpo humano sin historia, sin afectividad ni relaciones. Una mera materia, a solas con sus características y variables, en la que no es posible distinguir lo muerto de lo vivo. Desde su tesis doctoral sobre Max Scheler hasta los textos inéditos escritos al final de su vida³ el cuerpo aparece en la obra del filósofo de Chivilcoy como carne sensible, materia impregnada de historia, con imaginación y deseo. Carne ensoñada. Viva.

El ensoñamiento, deseo histórico inscripto como verdad sensible en el cuerpo de los hombres, es el punto de partida del análisis de León Rozitchner⁴. Y es su afán materialista e histórico lo que lo conduce a esa primera experiencia que todo individuo ha atravesado antes de la constitución de su ser adulto: el vientre materno, primera simbiosis durante la cual la materia deja de ser mera sustancia objetiva, y pasa a transformarse en carne sensible, con deseo y afecto. Esta primera verdad material desde la que parte Rozitchner, nos pone frente a la evidencia de que desde el momento mismo de su gestación la materia ensoñada surgió a partir de su encuentro con un otro. Y es en esta primera vivencia arcaica, en la que todavía no existía una clara distinción entre el mundo exterior y el interior, entre el sueño y la vigilia, donde se forjó esa fuerza sensible que León

²Rozitchner establece a lo largo de su obra una vinculación no evidente entre la ciencia moderna burguesa y la mitología cristiana. Todo pensamiento, sostiene el filósofo argentino, tiene una base mitológica que lo posibilita. Una de las singularidades del pensamiento científico moderno radica justamente en la negación de esa terrenalidad mitológica sobre la que se asienta. El mito, en tanto conjunto de creencias, es para León Rozitchner la forma en la que se condensa en cada uno la experiencia vivida. La desvalorización cristiana de lo sensible y lo corpóreo y la división entre pensamiento y materia dio lugar, según su interpretación, a una concepción de la carne humana como mera materia divisible y medible. Es en este sentido que Rozitchner afirma que el cristianismo y la ciencia moderna burguesa poseen “premisas metafísicas complementarias” (Rozitchner, 1997: 12). Para un análisis más detallado del tema ver *La Cosa y la Cruz: en torno a las confesiones de San Agustín* (Rozitchner, 1997).

³ Desde el año 2012 la Biblioteca Nacional de la República Argentina “Mariano Moreno” se encuentra editando las obras completas de León Rozitchner. Varios de los libros editados incluyen trabajos inéditos escritos por el filósofo argentino al final de su vida, lo cual significa un aporte fundamental para la comprensión cabal de su obra.

⁴ Si bien la noción de ensoñación es desarrollada por León Rozitchner en los años finales de su vida, cabe señalar la importancia de *Freud y los límites del individualismo burgués* (Rozitchner, 2013a), libro publicado en 1972, como antecedente fundamental para la comprensión del movimiento teórico que lo llevó hacia la elaboración de dicho concepto. En este libro León Rozitchner se propuso retomar los lineamientos freudianos para así intentar reconocer los obstáculos internos y externos que impiden la prolongación de las capacidades del propio cuerpo hacia el mundo y hacia los otros. Para ello, el filósofo argentino hace una original lectura de la obra freudiana a partir de su articulación con las teorías de Marx y Merleau-Ponty. León Rozitchner lleva a cabo, de esta manera, una interesante apropiación de los textos de Freud, a partir de la que se diferencia de las lecturas psicoanalíticas orientadas a la clínica individual que en aquél entonces encarnaba, en la Argentina, la figura de Oscar Masotta.

Rozitchner denomina *mater*. Esta fuerza primera se prolongará según el filósofo argentino a lo largo de la vida de cada hombre como una batalla por imponer la propia sensibilidad, la propia singularidad afectiva, al mundo. Es la lengua primera de los hombres, anterior a todo significado y significante. Es la modulación, el balbuceo, a partir del que todo individuo se prolongará luego en las palabras y en las cosas. La *mater* constituye, en este sentido, el deseo encarnado que sostiene y expande a la materialidad humana en el mundo.

Rozitchner afirma que esta sensibilidad arcaica que todo hombre y mujer, por la singular naturaleza de su historia, ha vivido desde el comienzo de su existencia, desarrollará con el tiempo un tránsito en el que las vivencias de esta primera experiencia se verificarán en la edad adulta. La *mater* se prolongará, por lo tanto, en el cuerpo de los hombres como un índice de verdad presente en cada uno; como huellas sensibles, como afecciones pasivas, susceptibles a ser actualizadas en su relación con los otros y el mundo. No es la obra de Rozitchner una “robinsoneada sensible”. El cuerpo no se presenta nunca como un mero índice personal, abstracto y aislado: es siempre relativo a los conflictos sociales. Es el verdadero índice de inserción de los hombres entre sí. Y es allí donde los individuos encontrarán la propia verdad, intransferible, esa que debe ser aceptada para el reconocimiento de uno mismo en la vida colectiva. De esta manera, los otros individuos se presentan según León Rozitchner como la condición de posibilidad de la propia proyección hacia el mundo. La *mater* aparece como una prolongación de esa experiencia arcaica con los otros, como la posibilidad de enlazarse afectivamente con los hombres y así conjugar las distintas pasiones en un sentir común. Es en este cuerpo histórico, fábrica de imágenes y afectos, donde se aloja el índice de verdad que, afirma Rozitchner, cada uno debe recuperar para volver activa su inserción entre los hombres. Es el punto de partida que habilita el despliegue de esa común verdad que permite el entrelazamiento de los hombres entre sí. Cabe señalar que esto nunca es pensado por el filósofo argentino en un plano abstracto, ideal. Es en la tierra habitada, en la materialidad compartida, donde los hombres se funden en un mismo combate, en una misma humillación. Rozitchner afirma, en este sentido, que una afectividad común, histórica, condena a los individuos a la

hermandad. La nación aparece en este sentido como “nuestra carne cultural, es la razón *sentida*, hecha cuerpo en nosotros” (Rozitchner, 1967: 18). Toda nación constituye un cuerpo común, una materialidad histórica encarnada, en la que cada hombre aparece como el fundamento del encuentro, como el reconocimiento de la afectividad compartida.

Es a partir de esta concepción del cuerpo y de lo común que debe entenderse al terror como un concepto clave en la obra de León Rozitchner. Sus efectos operan, justamente, sobre esa materialidad compartida, separando lo que desde el sentir y el hacer se encuentra entrelazado. El terror disuelve el reconocimiento de la afectividad común, deshermanando a los hombres, separándolos de lo que ellos, en su reunión, pueden. Y esta separación se presenta desde el comienzo, como señalara Marx en los Manuscritos de 1844, a partir de una cuádruple negación: con respecto a sí mismo, a su producción, a los otros y a su ser común. La ignorancia del sentir del otro en el propio cuerpo es, según León Rozitchner, la ignorancia de la verdad común que los enlaza. De allí la importancia de la empatía en su teoría política. El dolor ajeno, ya sea como reconocimiento o como negación, aparece como el punto de partida de la constitución política de todo individuo.

«Sentir el sufrimiento del otro como propio es la clave fundamental que da sentido a toda vida: saber si nuestro propio cuerpo pudo ser el lugar de una acogida cálida donde el otro tiene para mí un valor semejante al de mi propia vida. Este es el lugar de la equivalencia del deseo, las primeras nupcias del yo que se abre al otro como amado. El ser propio que se hace lecho cálido en la fluidez sensible de la carne que se expande y lo acoge, o la cerrazón inmisericorde del que aterrorizado se queda solo con su cuerpo frío que no quiere sufrir y convierte a su corazón en una tumba helada donde el amante rechazado yace». (Rozitchner, 2012: 25)

Para no sentir el dolor del otro en uno mismo hubo primero que darle una muerte al otro en el teatro imaginario que anima al propio cuerpo. Es esta muerte en uno, el no

reconocimiento de su sentir, lo que hiela a los cuerpos transformándolos en la tumba en la que el otro se aloja. Exactamente esto es el terror: la cerrazón en uno mismo, el aislamiento con respecto a los otros y al mundo. La búsqueda de un regocijo interno, de un refugio alucinado, posibilitado por la negación de la materialidad histórica que dio inicio a la propia vida.

El terror en la obra de Rozitchner se presenta como una marca externa que opera sobre el cuerpo, modificando de esta manera su relación con los otros, con su mundo imaginario y con el propio deseo. El terror nombra en los textos del filósofo argentino la relación alucinada que un cuerpo establece con su *mater*, separando de esta manera al cuerpo de su propia potencia de actuar. Este corte abrupto, aterrador, que se produce con respecto a esa primera experiencia arcaica, impide a los hombres relacionarse activamente consigo mismo y con los otros. Quedan sin sustento, suspendidos en el vacío colectivo. El terror es el campo que aleja la circulación de imágenes, fantasías y deseos de la propia experiencia material del cuerpo en el cual se alojan, sometiéndolo a una experiencia alucinada. Es la operación política y afectiva que relega el índice más personal, ese índice sensible que es el único que puede construir la verdad coherente de un cuerpo con su mundo exterior.

Pensar las oscuras tramas por las que el terror se desenvuelve no es nunca el resultado de un ejercicio teórico autocomplaciente. Es, por el contrario, una tentativa vital por desafiar la operación político-afectiva que traza los límites de nuestro pensar y sentir; es un ejercicio de resistencia, un intento por volver activas aquellas marcas que el terror histórico ha borrado en nosotros; una lucha perseverante por escaparle a la alucinación aterrador y aterrizada que separa a los hombres entre sí. Pensar el terror es también el resultado de un coraje por desafiar los límites difusos que la realidad histórica impone, límites en los que los otros aparecen como meros agentes externos y no como semejantes con los que a diario construimos una dependencia recíproca. No se trata de una erudición ni de un saber profesional o técnico. Se trata de una comprensión del mundo partiendo de lo más profundo de uno mismo, de aquella fibra en la que el otro resuena al punto de confundirse con el propio cuerpo. “No sabe el que quiere saber”, escribía Rozitchner en su

libro sobre Simón Rodríguez, “sino el que se atrevió a sentir el sufrimiento ajeno como propio” (Rozitchner, 2012: 25). Es en la vitalidad histórica común de los cuerpos donde se aloja el motor de todo pensamiento y de toda resistencia.

El terror del que nos habla Rozitchner es el terror histórico marcado a fuego en el cuerpo social. Una huella que se traspasa, como la sangre, a través de las generaciones. Como señalamos al comienzo, el cuerpo no es para el filósofo argentino el lugar de lo cuantificable, sino la materia que por su propio devenir histórico se transformó en carne ensoñada; sangre que fluye, vive y siente. La materia humana es, según Rozitchner, eso mismo: deseo encarnado. Y es sobre esta materialidad histórica y afectiva que el terror lleva a cabo su operación. El terror se presenta entonces como la transformación del impulso vital de la *mater* en deseo de muerte, como el oscurecimiento de los colores vivos del ensueño, como la putrefacción espiritualizante de los afectos más profundos del cuerpo. Es la operación política y afectiva que barre el ensueño y suplanta “con el pavor patriarcal al afecto materno” (Rozitchner, 2011b: 24). Es el cuerpo de palabras alucinado que se impone sobre la materialidad vivida y sentida para reemplazarla.

«Está la memoria del cuerpo vivido con la madre y está la memoria que el terror ha marcado al desplazarla y dejarla como un puro sentimiento otante, sin sostén en nada, salvo esta conciencia amputada de su origen, que busca a tontas y a locas nuevamente su asiento perdido». (Rozitchner, 2011b: 73)

Esta conciencia amputada con respecto a uno mismo, es también la conciencia amputada con respecto a los otros. Es ésta la operación fundamental que el terror impone entre los cuerpos: la negación del fundamento *material* de la vida y la expropiación permanente de las fuerzas colectivas. Terror y capitalismo aparecen en la obra de León Rozitchner como dos caras complementarias de una misma operación política. No hay extracción de plusvalor –y esto bien lo sabía Marx– sin la construcción de una trama aterrorizadora al interior de los individuos; sin la separación de los hombres entre sí; sin su

transformación en tristes sujetos alucinados, servidores de fetiches. Ya desde sus textos de juventud el filósofo de Tréveris advertía la distancia insalvable entre la lógica aterradoradora del capital y la asociación activa de los hombres.

«Si el *dinero* es el lazo que me une a la vida *humana*, con la sociedad, con la naturaleza y los hombres, ¿no es el dinero el lazo de todos los *lazos*? ¿No puede desatar y atar todos los lazos? ¿No es por eso también el *medio de separación universal*?» (Marx, 2010: 182)

La lógica depredadora del capital debe ser entendida, según Rozitchner, no sólo a partir de un estudio de los factores “objetivos”, sino también a partir de un análisis del terreno subjetivo sobre la cual se asienta su dominación. El terror se presenta, según el filósofo argentino, como el mecanismo por el que el cuerpo individual es devaluado a mera materia sin espíritu, mientras lo colectivo se extravía en los delirios de la conciencia individual. Es el temor puesto en el otro que “ha sido utilizado para expulsar de sí la angustia de muerte que todo cambio de la vida exige –amor o política– para expandir la propia afuera” (Rozitchner, 2012: 24). Es la operación política-afectiva que penetra en lo más profundo de la subjetividad humana, transformando a los hombres en sujetos fetichistas, separados entre sí, al servicio del capital. Por este motivo León Rozitchner afirma que la distancia que el terror establece con respecto a uno mismo es, en última instancia, lo que motoriza la distancia con respecto a los otros hombres.

Pero esta operación nunca es total. Siempre queda un resto, siempre hay una *materialidad viva latente*. El filósofo argentino no sucumbe en el pensamiento de la derrota, lo cual puede advertirse con claridad en su discusión con Oscar del Barco en el contexto del conocido debate *No matarás*⁵. Para León Rozitchner, desde el comienzo, lo que hay es resistencia. Y ella se elabora a partir del encuentro de los cuerpos. Es la

⁵ De las muchas intervenciones en el debate la de León Rozitchner es una de las pocas que se propone retomar las circunstancias históricas presentes en el relato de Jouvé. El texto de Jouvé no es para el filósofo argentino un punto de partida para una discusión exculpatoria intelectual, sino un punto de llegada para la comprensión cabal del estado de fuerzas del grupo liderado por Masetti. Lejos de la crítica moralizante sobre el pasado realizada por Oscar del Barco, León Rozitchner lleva a cabo en su intervención una denuncia a la metafísica implícita en el “no matarás” como mandamiento abstracto. Ver *Levinas: o la filosofía de la consolación* (Rozitchner, 2013).

resistencia lo que debe ser pensado junto al terror, ya que, de lo contrario, la derrota sería total. Pero no es una empresa fácil de realizar, ya que el terror opera justamente allí donde cada uno debe buscar las fuerzas y las ganas para el pensamiento y la acción política. Esa es la advertencia de Rozitchner: lo más próximo, aquello con lo que convivimos a diario y gracias a lo que existimos, es negado y suplantado por una forma exterior que nos promete un regocijo imaginario, abstraído de la vida común de los hombres. Y desenmascarar esta operación en lo más íntimo de uno mismo no se presenta como una tarea sencilla. Hace falta coraje para ir más allá de los límites históricos que el terror establece para lo pensable y lo decible. Hace falta coraje para mirarse en el espejo de la sociedad argentina y poder soportar las marcas que su imagen nos devuelve.

La desaparición como operación subjetiva

El terror, señalamos, es siempre histórico y se encuentra inscripto en la materialidad económica y social de un territorio compartido. Pero –también señalamos– las oscuras marcas que la dictadura iniciada en marzo de 1976 ha dejado en el presente político no se dejan reducir a la comprensión de las consecuencias jurídicas y económicas que todavía hoy persisten en la sociedad argentina. Fue en lo más profundo de la vida común de los hombres donde el terror militar se alojó reprimiendo en cada uno las pulsiones colectivas sobre las que se asentó –a la manera que fuese– la resistencia al capital. Por eso es que sostenemos que para entender cabalmente las transformaciones económicas y políticas que se han desarrollado desde los largos años de la dictadura de 1976 hasta el presente democrático se requiere –junto al estudio de las consecuencias económicas, jurídicas y políticas– de un análisis que pueda pensar estas modificaciones junto a las operaciones subjetivas que jugaron en lo más hondo del cuerpo social. El terror se ha prolongado en la sociedad argentina como un modo de ser inscripto en la realidad cotidiana: la individualidad exacerbada, atemorizada por la presencia acechante de un otro que pudiera llegar a desbaratar la propia comodidad individual dispuesta al consumo.

El poder militar, escribía León Rozitchner, ya no es necesario en el presente político para doblegar al poder popular. O, mejor dicho, ya no debe apoderarse del Estado para hacerlo, pues opera día a día en lo más profundo de cada uno.

La disolución de la capacidad colectiva de resistencia fue la gran operación político-afectiva que la dictadura de 1976 ha efectuado a lo largo del cuerpo social. Como señalara Villareal (1985) en *Los hilos sociales del poder*, la reestructuración social que el poder militar llevó a cabo se caracterizó por una homogeneización y concentración de las clases dominantes y por una desintegración de la homogeneidad relativa que se había gestado en la clase obrera y los sectores populares. Los trabajos de León Rozitchner nos permiten profundizar, en este sentido, el estudio de la desintegración de las fuerzas populares y su capacidad de resistencia en relación con el problema de la construcción histórica de la subjetividad. ¿Qué modificaciones en términos de afectividad y deseo produjo esta dictadura? ¿Cuáles fueron las formas de pensar y sentir que su terror implantó en la sociedad argentina? En un lúcido texto escrito algunos años después del retorno de la democracia, León Rozitchner afirmaba que

«Si el terror tuvo necesidad de penetrar tan profundamente en la vida de cada ciudadano cuando el poder estuvo en juego, es porque sabía dónde reposaba la verdadera fuerza que lo amenazaba y que debía doblegar».
(Rozitchner, 2011a: 28)

El terror histórico de la dictadura penetró, como señala el filósofo de Chivilcoy, en aquel espacio en el que la peligrosa fuerza de la resistencia política lo amenazaba: en el deseo encarnado que sostiene y expande a la materialidad humana en el mundo. En aquello que en el apartado anterior denominamos la *mater*. Fue la afirmación viva de la afectividad común de los hombres lo que fue amedrentado y disminuido por el terror militar. Esta operación, cabe señalar, no fue realizada de cualquier manera. La singularidad política a partir de la que el terror militar se desarrolló estuvo marcada por la presencia acechante de una figura: la del desaparecido. “Ni vivos ni muertos: desaparecidos”,

explicaba ante la prensa el entonces presidente Jorge Rafael Videla. Una sombra incomprensible, irrepresentable, sin entidad, a partir de la que el peligro de muerte adquirió una forma espectral en la imaginación popular. Esa afirmación vital en el mundo exterior que Rozitchner denomina *mater* quedó entonces encerrada dentro de cada hombre, en cada pobre individualismo atomizado, luego de haber sido cercada por el espectro alucinado del terror espectral. Es la imagen de las generaciones desaparecidas la que todavía oprime hoy, como una pesadilla, el cerebro de los vivos.

El motor pulsional de la asociación colectiva, nos explica León Rozitchner, fue atacado en su nervio más sensible. La figura del desaparecido se presenta entonces como la aniquilación más absoluta del sujeto político. En esta disolución del cuerpo en lo etéreo de la “desaparición” ni siquiera la imagen de la muerte nos es brindada. La imaginación se queda desprovista de una representación de la muerte. “No tienen entidad”, decía Videla, “no están, no son”. Este procedimiento a partir del que el propio asesino presenta a los muertos que mató es analizado por León Rozitchner en un interesante artículo de marzo del año 2000 para la revista *Lote*, en el que desarrolla ampliamente los efectos subjetivos que la figura del desaparecido tuvo en la democracia contemporánea. El terror, afirma en este trabajo, muestra a partir de la figura del desaparecido una vez más los límites de lo pensable, de lo representable. La experiencia de la desaparición forzada de personas conlleva en cada hombre una vivencia imaginaria de lo irrepresentable a partir de la que cada uno se encuentra frente al desafío de llenar con vida aquello que el terror ha vaciado. El terror congela de esta manera la escena imaginaria que, por más que podamos enunciarla, no nos es posible pensar.

«El terror modifica la percepción del sujeto, es decir su mirada: sus ojos tienen un mirar sin pensamiento. Sin embargo quienes siguen recordando a los muertos dibujan en la calle con tiza blanca sus contornos, y luego sus cuerpos son abstraídos: quedan visibles, para que los vean todos, sólo sus figuras vaciadas, aplastadas, improntas visibles de una vida arrebatada. Es lo que se ofrece a la mirada de la gente para que vuelvan a recuperarla: para

que transformen su experiencia y superen el miedo; para que vuelvan a pensar de otro modo lo que malpensaron antes». (Rozitchner, 2000: 10)

Los cuerpos, abstraídos de su propia muerte, son desprovistos del carácter vital que su resistencia conllevó. No es el cuerpo afectivo vencido el que la imagen del desaparecido nos otorga, sino un cuerpo sin vida, un cuerpo meramente enunciable: un cuerpo de palabras. Para entender la profundidad de esta operación política debemos volver una vez más a los conceptos del *Materialismo ensoñado*, trabajo en el que el filósofo de Chivilcoy desarrolla el complejo juego en el que terror y ensoñación se anudan. En este trabajo Rozitchner afirma que no hay una negación de lo afectivo, sino un singular desplazamiento de su lugar en el cuerpo. La afectividad corpórea de la *mater* es reemplazada por la afectividad espectral que el terror patriarcal⁶ siembra en los hombres.

«En verdad lo que sostiene al espíritu ahora es el espectro afectivo e imaginario del padre amenazante, circulando en la misma onda que la madre, que aniquila el sentimiento amoroso del ensoñamiento, y suplanta a la madre viva por una madre muerta». (Rozitchner, 2011b: 21)

La técnica aterrizadora de la desaparición de personas es uno de los elementos principales que dan cuenta de la singularidad histórica a partir de la que el terror militar de la dictadura de 1976 se implantó en la sociedad argentina. El desaparecido es, por la forma en la que es enunciado y pensado, irrepresentable. Escapa a los límites de la imaginación y aparece en ella como un espectro que, por no poder ser representado, la enfría y limita. Carece en el discurso, como remarca León Rozitchner, de toda existencia, de todo ser. Forman parte de lo inimaginable, de lo impensable. Rubén Ríos señala, con respecto a este problemática, que para llenar el agujero imaginario producido por la figura del desaparecido hace falta “llenar ese vacío, ese absurdo, con un contenido subjetivo propio

⁶ Con el término “patriarcal” León Rozitchner se refiere al terror (que el autor relaciona tanto con el cristianismo como con el capitalismo) a partir del que la lengua afectiva de la *mater* es desplazada por el cuerpo de palabras patriarcal: sin afecto ni vida. El cuerpo de la virgen inmaculada o el del obrero cuantificado en sus fuerzas para su explotación por el capital son dos claros ejemplos que el filósofo argentino toma para pensar la operación a partir de la que el terror patriarcal suplanta y barre el afecto materno. Hay en la teoría de Rozitchner un antipatriarcalismo que no se inscribe en la tradición política feminista.

que lo haga aparecer vivo y, después, experimentando el halo de espanto que lo envuelve, hacerlo desaparecer nuevamente”⁷.

El terror militar encierra al hombre en su propio goce privado, extraviándose lo colectivo en los delirios de su propia conciencia individual. Rozitchner afirma que a partir de esta operación el fundamento *material* de la vida colectiva de los hombres es borrado y el poder de su asociación se presenta como un poder extraño que no pueden ya dominar. El cuerpo real del desaparecido es tachado de la propia conciencia, es eliminado como cuerpo presente del teatro imaginario de cada sujeto. Este corte entre lo imaginable y lo enunciable es la operación política y afectiva a partir de la que el terror militar se ha expandido por la sociedad argentina. Es la representación externa interiorizada. El corte más abrupto entre el pensamiento y la sensibilidad del cuerpo. El terror patriarcal internalizado que separa a los hombres de su capacidad de afirmarse en el mundo a partir de su asociación activa.

La izquierda en el espejo de Malvinas

En su libro *Materialismo ensoñado* León Rozitchner afirma que la dimensión ilusoria sobre la que se asienta toda actividad política tiene, por así decirlo, dos alas: por un lado, la alucinación, siempre bajo el efecto del terror, bajo la forma de la dominación patriarcal; por el otro, la ensoñación, ese tipo de ilusión asentada en la materialidad afectiva de los cuerpos, capaz de jugar el juego de la constitución de las fuerzas y organizarlas. Durante el transcurso de la Guerra de Malvinas León Rozitchner escribió un interesante texto en el que intentó exponer el carácter alucinado a partir del que buena parte de la izquierda había fundamentado su apoyo a la iniciativa bélica de la Junta Militar. El problema de los grupos y organizaciones contra quienes llevó a cabo la discusión (representados en su libro principalmente por el “Grupo de Discusión Socialista”) fue su imposibilidad de partir del propio fundamento *material* a la hora de posicionarse frente a

⁷ Ver <http://www.pagina12.com.ar/diario/psicologia/9-284884-2015-10-30.html>

la coyuntura política. Al aceptar como propia la verdad de la “ciencia” (los cálculos objetivos a partir de los que determinaron su acompañamiento a la iniciativa de los militares argentinos) y la verdad de las masas (aquella que se evidenciaba en el apoyo masivo que la guerra había desatado en los sectores populares) estos grupos de izquierda, señalaba Rozitchner, decidieron tachar ese índice de verdad que constituye la propia sensibilidad, la propia verdad *material* sobre la que toda acción y pensamiento político debe asentarse si es que no quiere nadar sobre las enturbiadas aguas de la alucinación⁸. Incluso en el exilio, afirmaba el filósofo de Chivilcoy, cada hombre es portador de esa afectividad común encarnada que conlleva la pertenencia a una misma nación.

«Porque la materialidad del país no se lee sólo en la de sus clases populares: nosotros, cada uno, somos también una porción sensible de esa misma materialidad nacional. Y porque no renunciamos a ella podemos reivindicarla en cualquier lugar en el cual el azar del exilio nos desplazó: esta nacionalidad portátil, este ser una célula sensibilizada a todo lo que sucede allí, porque sucede en nosotros, es un índice irrenunciable. No el único, es verdad, pero sí aquel que ninguna consigna metodológica bien cumplida, enseñada, explicada y aprendida, trazada en múltiples textos de graves doctores, podrá nunca suplir». (Rozitchner, 2015: 91)

Este pasaje pone de manifiesto la enorme incompreensión que le despertaba a León Rozitchner el hecho de que muchos grupos de izquierda –con quienes discutía por el hecho de sentirlos parte de su misma lucha– apoyasen el accionar bélico de la Junta Militar. Junta Militar que en ese mismo instante continuaba llevando a cabo su ofensiva masiva contra la población argentina devastando la economía y la capacidad organizativa del país. ¿Y si el Estado argentino ganara esta “guerra limpia?”, se preguntaba Rozitchner. ¿Quedaría, entonces, legitimada aquella otra guerra, la “guerra sucia”, que los estaba aniquilando? La crítica de Rozitchner a estos grupos ponían en entredicho su concepción

⁸ Cabe señalar una vez más que el término “alucinación” se encuentra dotado en la obra de León Rozitchner de una especificidad conceptual. Como señalamos en el primer apartado, con este concepto el filósofo de Chivilcoy se refiere a la vida imaginaria que se produce a partir de la negación de la propia *materialidad* sensible.

de soberanía: la soberanía no es sólo un pedazo de tierra, sino los cuerpos y las fuerzas materiales que constituyen una nación. Y ese sentido ampliado de la soberanía era el que la Junta Militar había destruido, y por el cual resultaba inconcebible la idea de una guerra antiimperialista bajo su gobierno⁹.

Pero no era esta la única crítica que Rozitchner emprendía contra el Grupo de Discusión Socialista. El filósofo argentino no denunciaba solamente la incapacidad de estos grupos de asumir la propia afectividad como premisa política, no denunciaba solamente su concepción empobrecida de soberanía, sino que revelaba además la peligrosa incapacidad que estas organizaciones tenían a la hora de pensar en términos políticos y estratégicos el problema de la guerra (no sólo la de Malvinas, sino también aquella que solemos llamar lucha de clases¹⁰). Buena parte de la izquierda argentina había entrado, según Rozitchner, en la fantasía alucinada de que cualquier fuerza podía alcanzar una victoria independientemente de la materialidad sobre la que su ofensiva se encontrara fundada. La Guerra de Malvinas, sostenía, no podía ser nunca ganada por la misma razón por la que el peronismo jamás podía conducir a la sociedad argentina a una revolución: por el hecho de haber nadado desde su origen sobre las aguas de una ilusión, sin querer escuchar el deseo de las masas ni pensar seriamente lo que significa preparar la materialidad de un país para una guerra antiimperialista contra una potencia militar y económica.

«No se prepara un país para la guerra de cualquier manera. Que un país se prepare para la guerra implica elementalmente no haber liquidado su economía, porque la producción, la riqueza y la participación de sus habitantes en ella forman material y moralmente parte de su preparación. Era desarrollar internamente una ideología que abarcara con su sentido unificador a todos los sectores hasta ahora marginados de la nacionalidad real. (...) Era, además, despertar la pasión de vivir, como para que la vida

⁹ Es a partir de esta concepción ampliada de la soberanía que León Rozitchner identificará en las Madres de Plaza de Mayo el índice de resistencia contra la destrucción de las fuerzas populares que la dictadura cívico-militar de 1976 había llevado a cabo.

¹⁰ A esto se debe la constante insistencia de León Rozitchner en volver una vez más a los textos de Carl von Clausewitz. El interés del filósofo argentino por el pensamiento del militar prusiano puede advertirse principalmente en su libro sobre Perón (Rozitchner, León (2012). *Perón. Entre la sangre y el tiempo*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional) y en su trabajo sobre Malvinas anteriormente mencionado.

rompiera el límite de la propia individualidad que nuestros militares mercantizaron en una preocupación diaria atada al azar del dólar o de la bolsa. Era crear otra forma de sociedad en la que el designio político fuera una decisión de la inteligencia nacional, no un subterfugio ilusorio militar». (Rozitchner, 2015: 95)

La polémica de Rozitchner con el Grupo de Discusión Socialista pone de manifiesto los problemas que el filósofo argentino advertía en el posicionamiento de buena parte de las organizaciones de izquierda frente a la Guerra de Malvinas. El apoyo a la iniciativa de la Junta Militar se encontraba fundado en una coincidencia “estratégica” con las masas; coincidencia que descuidaba tanto la propia afectividad como las pasiones sobre las que el apoyo popular a la guerra se encontraba fundado. Como puede advertirse en el fragmento anteriormente citado la sociedad argentina se encontraba, según el filósofo de Chivilcoy, devastada en un doble sentido: objetivo (la materialidad económica y social) y subjetivo (la materialidad corpórea). Era la *materialidad* aterrorizada de la población lo que el Grupo de Discusión Socialista no podía pensar.

El problema del terror y la ilusión volverá a hacerse presente en los trabajos de León Rozitchner a la hora de pensar políticamente el regreso de la democracia. Con el final de la dictadura el filósofo argentino se propuso llevar a cabo una reflexión crítica al interior de la propia izquierda: había que pensar las causas del fracaso de la experiencia de los años setenta. No sería posible la creación de una nueva fuerza de izquierda, sostenía, sin una fuerte autocrítica en torno a los motivos puntuales por los que la experiencia de las décadas pasadas había encontrado su fracaso. Es en este contexto problemático que debemos inscribir su polémica con el Grupo de Discusión Socialista. Rozitchner no buscaba con esta crítica trivializar la política y la muerte deslegitimando, como luego haría Del Barco, cualquier tipo de violencia. Todo lo contrario. La crítica de Rozitchner apuntaba a una reflexión profunda y sentida que permitiera la creación de una fuerza de izquierda que se encontrara a la altura del presente que—todavía hoy— nuestra democracia nos exige. Apuntaba a identificar el obstáculo que impedía el tránsito hacia aquel orden social

pretendido.

Y esta falta de autocrítica, afirmaba luego del retorno democrático, se le (¿nos?) nota a la izquierda que todavía no puede mirarse en el espejo de la dictadura sin pretender recibir la edulcorada imagen de la víctima que a todos consuela. La lectura de León Rozitchner invita a escaparle a los facilismos victimizantes y a pensar a la democracia y a la dictadura no como si entre ambas se produjera un corte abrupto, no como un campo de paz abierto después de la guerra, sino como una prolongación del terror militar bajo una forma diferente. Como señalamos en el apartado anterior, el terror se presenta hoy invisible y se prolonga silencioso en la actualidad política de la sociedad argentina. Es a partir de estos argumentos que el filósofo de Chivilcoy sostiene que

«Los argentinos no atinan todavía a mirarse el rostro en el espejo de esa guerra que alentaron en su inmensa mayoría, como tampoco reconocen su propia sombra en el acompañamiento tácito y silente del genocidio –este sí quizás más comprensible por imperio del terror diseminado– o en la privatización de nuestra economía. Sólo esta irresponsabilidad colectiva no asumida luego convierte a los hechos históricos que hemos generado en meros cataclismos naturales que nos dejan inermes, vencidos por el olvido y la mala conciencia». (Rozitchner, 2015: 23-24)

Entender la derrota política como un cataclismo natural es la forma a partir de la que el terror nos invita hoy a no pensar la propia historia. Es la forma en la que el presente queda escindido de su propio pasado y el futuro se vuelve, por lo tanto, irrepresentable. Sólo queda, entonces, el olvido o la mala conciencia. En el apartado anterior nos propusimos reconstruir los efectos subjetivos que, según León Rozitchner, la figura del “desaparecido” tuvo en la sociedad argentina. En el presente apartado intentamos exponer la crítica desarrollada por el filósofo de Chivilcoy a buena parte de la izquierda argentina de los años setenta y ochenta: la negación de ese propio índice de verdad como condición de su apoyo a la Guerra de Malvinas; la omisión de la *materialidad* sensible a

partir de la que gran parte de la sociedad argentina apoyo la iniciativa bélica de la Junta. El terror militar iba ya dibujando el contorno de la democracia que se vendría.

Marcas históricas de nuestra democracia aterrorizada

La democracia actual, decíamos, se mueve según León Rozitchner sobre el fondo de la desaparición de personas. Fue necesario el terror estatal para la posterior implementación de la “paz” democrática. El desenvolvimiento de esta paz aterrorizada se llevó a cabo a partir de una transacción afectiva, en la que la joven democracia se presentó como “un equilibrio inestable entre fuerzas desiguales” (Rozitchner, 2011a: 26). La sumisión política apareció entonces como una consecuencia natural de esta operación político-afectiva. Como señalamos anteriormente, la experiencia social de la desaparición forzada de personas se constituyó como la forma específica a partir de la que el poder del capital marcó los límites de lo pensable y de lo sentible: los límites de toda resistencia posible.

Los trabajos escritos por León Rozitchner luego del comienzo del proceso democrático iniciado en 1983 se encontraron siempre atravesados por el problema de la acechante presencia del terror militar en la joven democracia argentina. “Hacer como si esa fuerza destructiva y que nos amenaza estuviera ausente”, señalaba el filósofo de Chivilcoy, “fue, por desgracia, el juego que jugó casi siempre la izquierda” (Rozitchner, 2011a: 25). Es en este sentido que lo esbozado en los dos apartados anteriores se enlaza: en la imposibilidad que León Rozitchner advertía de pensar, desde el campo de la izquierda, los profundos efectos subjetivos que la desaparición forzada de personas tuvo a lo largo del cuerpo social.

La clave se encontraría, según él, en mantener presente y no olvidar el origen histórico de nuestra democracia: el terror militar. La paz de la democracia argentina se abrió como la prolongación de un espacio social en el que el vencedor impuso su ley aterrorizante a los vencidos. Y fue en lo más íntimo de cada sujeto donde el terror se

anudó sellando una distancia irreconciliable entre lo imaginado y la propia experiencia cotidiana. Esta imposibilidad de pensar lo más próximo vuelve a reaparecer cada vez que la democracia argentina es entendida como el resultado de una victoria política. Y esto no quiere decir que la democracia no se presente como algo deseable. Todo lo contrario: es ella, según León Rozitchner, el único espacio en el que existe la posibilidad de crear una fuerza diferente capaz de producir una transformación social. Pero para que esto suceda debemos ser conscientes de la singularidad de los enfrentamientos y de las derrotas que nos llevaron hasta el presente político.

Es por eso que en la obra de Rozitchner no encontraremos nunca un festejo inocente del fin de la dictadura y del comienzo de la democracia. Sólo hay una lectura táctica y estratégica, un análisis de la relación de fuerzas que busca entender las marcas históricas que establecieron el contorno de lo pensable y lo imaginable en cada uno de nosotros. “La democracia actual”, decía Rozitchner en 1986, “fue abierta desde el terror, no desde el deseo. Es la nuestra, pues, una democracia aterrorizada” (Rozitchner, 2011a: 25). A la guerra y al enfrentamiento directo, como puede atestiguiarse en nuestra historia reciente, los sucede siempre la paz política. Por eso es que no hay inocencia en su lectura, aunque tampoco pesimismo. La experiencia de los años setenta nos muestra, según Rozitchner, que la ilusión de la mera fuerza física es inconsistente para llevar a cabo una transformación social. Es la paz política el único momento en el que el repliegue de las fuerzas habilita la posibilidad de enfrentar el terror diseminado a lo largo del cuerpo colectivo; el único momento en el que es posible la creación de una fuerza popular que trascienda al poder de la mera fuerza física.

«La guerrilla fue vencida entre nosotros porque prefirió, eligiendo por todos desde las categorías del enemigo, recurrir a una fuerza que en su materialidad misma era alucinada. Y al ser vencida, fuimos todos juntos los vencidos. Si con esa mentalidad hubieran ganado, ¿no nos hubiera pasado algo semejante? Fueron vencidas con ellos todas las fuerzas de signo distinto, esas fuerzas humanas más complejas y sutiles, y más morosas que

el lento trabajo cotidiano estaba construyendo antes, en la «democracia» anterior repudiada demasiado a la ligera por casi toda la izquierda».
(Rozitchner, 2011: 27)

Esta perspectiva crítica del pensamiento de León Rozitchner se encontraba presente ya en su trabajo sobre la Guerra de Malvinas. La permanencia del terror militar como destructor del recuerdo social se constituyó como un elemento clave a la hora de analizar la especificidad de la nueva vida democrática. Por eso es que, incluso antes de la asunción de Raúl Alfonsín en diciembre de 1983, León Rozitchner afirmaba que

«Debemos pensar si queremos constituir nuevamente un ámbito nacional donde esa transacción¹¹excluya de la realidad vivida –pero no de la fantasía que nos perseguirá, fantasmal– la permanencia del terror militar. Porque de eso se trata: el terror que nos lleva a excluir el recuerdo social dentro de la colectividad que los militares limitan, ese mismo terror se prolongará en nosotros mismos como una forma de vivir que estará condenada irremisiblemente a mantener presente, aunque interiorizado, el poder militar que ya no necesitará cuidarse de nosotros afuera. En esa transacción lo habremos metido bien adentro, estará y permanecerá como fundamento inconfesable de todo acto. ¿Alguien quiere vivir en semejante nación?»
(Rozitchner, 2015: 85-86)

El terror, nos decía Rozitchner hace más de treinta años, es la ley interiorizada que regula la paz política. Es la ley sobre la que se desenvuelve el juego democrático. No es posible ignorar esas marcas históricas inscriptas a lo largo del cuerpo social sin sumergirse

¹¹Con el término “transacción” León Rozitchner refiere en esta cita al procedimiento a partir del que gran parte del pueblo argentino apoyó la Guerra de Malvinas estando en contra de la dictadura militar. Como si pudieran, en palabras del autor, ser canjeados los muertos de la “guerra sucia” por los muertos de la “guerra limpia”. Afirma Rozitchner: “Y si me quieren hablar de un “nacionalismo” que tenemos que aceptar so pena de quedar afuera, porque las clases populares, que son nacionalistas, por su mismo nacionalismo obnubilado, pasional, sí, pero no visceral, quieren aceptar la transacción de canjear muertos por muertos e igualarlos, tenemos entonces que elegir entre esas dos formas de nacionalidad” (Rozitchner, 2015: 85).

en una fantasía que nos haga sentir lo presente como ausente y lo ausente como presente. En su lúcido artículo escrito para la revista *Lote* en marzo del 2000 León Rozitchner afirmaba que

«Sin darse cuenta los ciudadanos viven luego la vida fantasmal –ni muertos, ni vivos– almas en pena, separados aunque estén juntos, disponibles para el consumo o el entretenimiento futbolero. Han quedado anonadados: ya no son capaces de establecer relaciones y unir los significados y las imágenes con los hechos. Solos aunque estén con otros, todos ellos convertidos en insignificantes para que no se produzca lo temido: la peligrosa extensión del pensamiento». (Rozitchner, 2000: 11)

La dictadura militar iniciada en marzo de 1976 no sólo comenzó una violenta implementación de las políticas económicas de la ortodoxia neoliberal, sino que también creó el terreno subjetivo sobre el que se asentaría el tipo de afectividad propio del neoliberalismo. Es en este punto en el que el pensamiento de Rozitchner nos invita a interrogar de una manera profunda los efectos subjetivos del terror militar en el presente político. Aquello que Michel Foucault definía en 1978 como arte de gobierno neoliberal, es decir, como un principio y método de racionalización del ejercicio de gobierno asentado en las formas de sentir, pensar y actuar de los individuos (Foucault, 2002), entra en una directa consonancia con estas reflexiones del filósofo de Chivilcoy. Según el pensador francés, este arte de gobierno, específicamente, abrió un proceso de consolidación del yo individual como espacio fundamental de toda política económica y social. Vemos en este sentido una clara afinidad con el pensamiento de León Rozitchner. El filósofo argentino afirma que el terror militar sentó las bases subjetivas sobre las que la posterior democracia neoliberal construiría su modo de vida específico. Un modo de vida en el que el yo individual y sus fantasías consumistas constituyen un mundo imaginario en el que las imágenes y los hechos de la vida cotidiana se presentan como escindidos entre sí.

Los años kirchneristas

Luego del asesinato de Maximiliano Kosteki y Darío Santillán, el entonces presidente Eduardo Duhalde debió anticipar seis meses el llamado a elecciones. Su candidato, Néstor Kirchner, resultó electo el 27 de abril del 2003 y comenzó a ejercer al mes siguiente la presidencia de la nación. No habiendo pasado un año desde la asunción de su mandato, Kirchner realizó un acto que resultaría inaugural para los tiempos que se vendrían: la baja de los cuadros de Videla y Bignone. Así empezó la autodenominada política estatal de Memoria, Verdad y Justicia que se desarrolló, con sus vaivenes, durante los doce años de gobierno kirchnerista. León Rozitchner, atento lector de los avatares de las coyunturas políticas, no fue indiferente con respecto a este acontecimiento que se proponía, al menos en términos simbólicos, cerrar una etapa de la historia argentina.

Hubo, desde el comienzo, el reconocimiento por parte de Rozitchner de una ambigüedad en las políticas de Derechos Humanos que el gobierno de Néstor Kirchner llevaba a cabo. En una conversación con el Colectivo Situaciones, allá por el año 2009, Rozitchner lo afirmaba explícitamente: “todos los actos del gobierno de Kirchner son necesariamente ambiguos”. ¿Por qué? Principalmente por la forma en la que aquel acto inaugural había sido desarrollado, sin haber llevado la importancia simbólica de dicho acontecimiento hasta el máximo de sus consecuencias. El teórico de Chivilcoy le reconocía al gobierno kirchnerista el hecho de haber puesto de relieve “aquello que todos los partidos políticos siempre han ocultado para acceder al gobierno: el terror, la estela de sangre y desaparecidos que está en el fundamento del gobierno al cual él mismo accede” 444. León Rozitchner veía, en este sentido, un principio de ruptura con respecto a aquella ley aterrorizante e interiorizada que había abierto el juego democrático en 1983. Desde el comienzo de su mandato, señalaría Rozitchner luego de la muerte del ex presidente, Kirchner inauguró una nueva genealogía en la historia popular argentina: “Somos hijos de las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo”. En este sentido, Rozitchner advertía una suerte de traición al secreto sobre el que se había fundado el juego político de la

democracia postdictatorial. “Kirchner, en ese enorme y primer paso, puso su cuerpo como símbolo materializado de la osadía de enfrentar el terror”. Esa osadía de ir en contra del mismo terror sobre el que la democracia se había fundado, aparecía ahora encarnado, según León Rozitchner, bajo la figura presidencial.

Sin embargo, señalaba no sin cierta desazón el teórico de Chivilcoy, este acontecimiento no logró materializarse como hecho político colectivo. No logró prolongarse a lo largo del cuerpo social, desafiando así los límites subjetivos que el terror dictatorial había sabido imponer a la población argentina. No hubo una voluntad de crear una mayoría popular que retomara ese impulso abierto por aquel acto inaugural. Kirchner, por el contrario, decidió refugiar sus políticas bajo la estructura del “único partido democrático que había sido engendrado en las Fuerzas Armadas”: el Partido Justicialista. Al asentarse en la transversalidad del Partido Justicialista (aquella misma fuerza y estructura con la que el menemismo había sido creado y sostenido), Néstor Kirchner produjo, según León Rozitchner, la continuidad de un modelo al que, al comienzo de su mandato, se había mostrado dispuesto a enfrentar: “lo que no hizo Kirchner, luego de abrir sin embargo ese espacio, y cuando tantos esperaban que lo hiciera, fue enfrentar la permanencia del terror que ahora, por otros medios, siguió estando presente”¹².

¿Cuáles fueron esos otros medios por los que, según León Rozitchner, el terror dictatorial siguió estando presente? A la hora de pensar los efectos subjetivos de la dictadura sobre nuestra actual democracia, señalábamos al comienzo del trabajo la importancia de la constitución de subjetividades encerradas sobre sí mismas, aterrorizadas, dispuestas al consumo. Una individualidad exacerbada, en la que los otros hombres no se encuentran como tales en el teatro imaginario de cada quien. Por eso es que cabe preguntarse: ¿fue esta forma de subjetividad puesta en entredicho durante el período 2003-2015? ¿O encontró otros medios, otra forma de desplegarse socialmente? Dos hechos históricos nos inducen a responder positivamente esta última pregunta. En primer lugar, el hecho de que la inclusión durante los años kirchneristas haya sido

¹²Probablemente sirva este análisis para explicar algunas de las razones por las que, luego de doce años de gobierno kirchnerista, un partido político con un programa explícitamente de derecha (el PRO) haya accedido en el año 2015 por primera vez en la historia Argentina a la presidencia por medio de las urnas.

planteada principalmente como inclusión vía consumo, como inclusión al mercado. Este proceso de inclusión vía consumo debió haber tenido necesariamente efectos subjetivos. Y nada nos induce a pensar que dichos efectos pudieran poner en entre dicho aquella subjetividad neoliberal que, señalamos, León Rozitchner sostiene como partera de nuestra actual democracia. En segundo lugar, no haber tocado las estructuras profundas del poder económico. Hay innumerables ejemplos que podrían ilustrar este punto. La legislación favorable al enriquecimiento de los bancos, la reducción de los aportes patronales y la exponencial sojización de la tierra son los más evidentes. Por estos motivos es que León Rozitchner afirmará que “Con Kirchner comienza un neoliberalismo nacional”.

Decíamos al comienzo del trabajo que, para el teórico de Chivilcoy, cada persona es un lugar histórico donde lo social se elabora. Por eso es que León Rozitchner insiste en diversos momentos de su obra en señalar que el sujeto es “núcleo de verdad histórica”. El sujeto aparece en este sentido como un núcleo, producto de su entrelazamiento con los hombres, la naturaleza y las cosas, donde el mundo mismo se despliega, se organiza y se verifica. Esta noción del hombre, como lugar en el que una verdad sensible se elabora a partir de un silencioso comercio con el mundo y los otros, conlleva también una particular concepción de la memoria.

«La memoria tiene que penetrar el cuerpo sintiente y atreverse a animar desde el horror la significación de lo que se recuerda. La memoria es un desafío, primero para uno mismo: hay que enfrentarlo no sólo afuera sino en la marca interna que roturó el propio cuerpo».

En un artículo publicado en *Página 12* en el año 1999 León Rozitchner afirma que nunca hay memoria social sin una inscripción en el sujeto que recuerda. La memoria, tal vez la más común de las capacidades humanas, es antes que nada memoria afectiva, sin imagen ni palabra. Hay, por un lado, una memoria corpórea que interpela a los afectos; por el otro, palabras e imágenes que nombran y se refieren a una memoria. Entre ambas muchas veces existe un hiato inalcanzable: no siempre van de la mano. Trasladar la

pregunta que Rozitchner se hiciera a fines del siglo XX a nuestros tiempos actuales nos obligaría a preguntarnos hasta qué punto esa memoria apalabrada y repleta de imágenes, que se expandió durante los años kirchneristas, logró suscitar afectos que pudieran romper las barreras subjetivas que el terror militar sembró en nuestra actual democracia. El terror que, decíamos, circunscribe los límites de la percepción propia y ajena, ¿fue alterado durante estos doce años? ¿O nos encontramos hoy frente a una sociedad en la que la subjetividad consumista, encerrada sobre sí misma, se encuentra todavía más exacerbada? El fundamento *material* de la vida colectiva, al que nos referíamos al principio del artículo, pareciera –independientemente de las retóricas de época– permanecer tachado, apareciéndose la capacidad asociativa de los hombres como un poder extraño, ajeno, imposible de dominar. Las palabras, una vez más, parecieran ir por un lado; los afectos por el otro.

La concepción que León Rozitchner elabora en torno a la democracia no implica – como algún lector desprevenido pudiera llegar a pensar– una esencialización, una concepción ahistórica, de la misma. Muy por el contrario, implica una lectura materialista e histórica a partir de la que se reconoce que el fundamento guerrero-militar que en la democracia se oculta y retrocede, permaneciendo siempre “allí en las sombras, al acecho, como el último recurso siempre disponible”. A partir de su lectura de Carl von Clausewitz durante los años setenta, León Rozitchner problematizará a la democracia como tregua. Dicha concepción será sostenida desde aquel entonces hasta el final de su vida.

«Cuando caracterizamos a la democracia como una situación social de tregua, de equilibrio inestable por lo tanto, lo hacemos para romper la apariencia política que separa a la democracia de su propio origen: la violencia apaciguadora del terror que la funda».

El pensamiento de León Rozitchner no niega el carácter aterrorizado sobre el que la democracia argentina postdictatorial fue fundada. Sin embargo, al mismo tiempo, la democracia aparece en su teoría, en tanto campo de tregua, como la posibilidad de una

modificación de las relaciones de fuerza. La tregua aparece, traspolando el pensamiento de Clausewitz al campo civil, como el único momento en el que las fuerzas políticas pueden reagruparse y modificarse, preparándose para el enfrentamiento explícito. Es desde este punto de vista que los distintos períodos democráticos son analizados por León Rozitchner. Como fondo del juego político formal, subsiste siempre aquella guerra que habitualmente llamamos lucha de clases. Y el terror históricamente constituido cumple en ella un papel fundamental. La democracia en tanto tregua aparece, entonces, como un momento en el que existe la posibilidad de desafiar los límites que el terror militar ha establecido al juego político democrático. Es desde esta perspectiva histórica y material que León Rozitchner lee el proceso alfonsinista, el menemista y el kirchnerista.

El pensamiento de León Rozitchner adquiere plena vigencia cuando se observa la potencia heurística que su teoría tiene a la hora de pensar el presente político. Lo que su pensamiento nos propone es identificar el obstáculo por el que el terror impide, una y otra vez, la radicalización de los movimientos históricos que intentan llevar a cabo una transformación social. No hay en ello zozobra ni cinismo, sino una voluntad de identificar obstáculos para no quedar encerrado en retóricas de época o realidades fantaseadas. Una vez más se trata de mirar de frente a nuestro presente político. De mirarnos a los ojos en aquel espejo tan temido.

Algunas reflexiones finales

Pensar el terror, como señalamos al comienzo del artículo, implica siempre pararse sobre el límite de lo que todavía éste nos permite decir y, en ese mismo acto, cruzar y desafiar esa barrera. La obra de León Rozitchner significó (desde su tesis doctoral sobre Max Scheler hasta el final de su obra) un enorme intento por ir más allá de las marcas aterradoras que separan al cuerpo individual y social de su capacidad de actuar. Este gesto intelectual puede advertirse con mayor claridad –como intentamos exponer a lo largo del trabajo– en sus escritos políticos, siempre producidos al calor de la coyuntura.

Pensar, decía León Rozitchner en su libro sobre Malvinas, es siempre pensar *contra el terror*. No hay pensamiento político que no conlleve un desafío contra el poder histórico anudado en la profundidad de los cuerpos; una lucha contra la separación del propio sentir y el pensar; una búsqueda de la propia afectividad como punto de partida para la afirmación en el mundo. Pensar es para León Rozitchner un intento por verificar en nosotros mismos esas huellas *materiales* que el terror histórico nos impide encarnar: la potencia de poner el cuerpo en palabras.

Hay un concepto presente a lo largo de la obra del filósofo de Chivilcoy que aparece cada vez que éste hace referencia a la necesidad de luchar contra la imaginación aterrorizada que separa a los hombres de su común capacidad de actuar: el coraje. La pregunta que una y mil veces se realiza León Rozitchner es cómo, desde esa limitación que el terror impone a los cuerpos, pueden éstos sin embargo producir esa fuerza potente que permite la creación de un nuevo orden social. El coraje se presenta, en este sentido, como “el coraje de admitirse desde el fondo de su propio origen” (Rozitchner, 1967: 50). Es el valor del reconocimiento de la propia historia. Allí es donde podría volver a aparecer el concepto de *mater* que mencionábamos al comienzo del artículo¹³. La vitalidad necesaria para enfrentar el terror se encuentra siempre en lo más profundo del propio cuerpo, en lo más profundo de la experiencia vital que transformó a la simple materia divisible, cuantificable, en carne humana ensoñada. Es por eso que se requiere de coraje para luchar contra la trivialización de la política y de la muerte a partir de las que, señala León Rozitchner, los otros hombres desaparecen para uno, así como uno mismo desaparece para sí. El coraje de darle vida al sentir del otro en uno es la premisa desde la que el filósofo argentino entiende la posibilidad de combatir la afectividad neoliberal con la que el terror militar (todavía presente en democracia) encuentra una evidente coincidencia estratégica.

«Coraje que no asumimos porque, esa es la paradoja, resulta más doloroso

¹³ Cabe señalar que la noción de *mater* sólo aparece en los últimos textos de la obra de León Rozitchner, aunque, como señalamos anteriormente, el problema teórico a partir del que el filósofo de Chivilcoy recurre a esta categoría se presenta constante desde el comienzo de su producción teórica. Si bien el concepto de coraje es anterior al de *mater*, ambos forman parte de una misma constelación conceptual en torno al problema del origen material de la afectividad corpórea de los hombres y su relación con la política.

enfrentar el terror imaginario y fantasmal que nos domina adentro, que la realidad de la muerte verdadera afuera, minimizada en el estilo humano de vida que nos proporciona la derecha». (Rozitchner, 2011: 35)

El coraje aparece en el pensamiento de León Rozitchner como aquella fuerza que permite señalar en la realidad social lo que ésta niega de sí misma. Es la pasión que permite volcar toda la humanidad afectiva de los individuos dentro del juego de fuerzas que da lugar a la resistencia política. El despotismo del sistema, señalaba con insistencia Rozitchner, anida en nuestra propia subjetividad. En la medida en que no tengamos la fuerza para reconocer esto y para dar el combate a nivel subjetivo, no habremos entendido la profundidad en la que el sistema penetró en cada uno de nosotros. En su conocido debate con John William Cooke (*La izquierda sin sujeto*) León Rozitchner denuncia la operación burguesa a partir de la que el sentir es relegado al campo de la vida privada, haciendo como si éste nada tuvieran que ver con la cosa pública. Este mismo error es, según el filósofo de Chivilcoy, en el que cae buena parte de la izquierda al no tomar la propia afectividad como premisa para la acción política. Y para ello, insiste, hace falta el coraje de reconocer hasta qué punto uno mismo se encuentra impregnado por aquello que busca combatir.

No es la valentía de la fuerza física la que nos invita a asumir. No es el “poner el cuerpo” de los fierros y las calles. O, mejor dicho, no es sólo eso. Es un coraje diferente. Aquél que permite vencer la angustia de muerte que produce violar un límite (externo o interno) y extender las propias relaciones y movimientos hacia los otros hombres. Es la ruptura de los límites que el terror ha dibujado en y entre nosotros lo que permite el despliegue y entrelazamiento de los cuerpos entre sí. Para alcanzarlo, señala Rozitchner en su trabajo sobre Simón Rodríguez, hay primero que animarse a sentir al otro en uno mismo, hay que tener el valor de vivir el dolor ajeno como propio. Hay que vencer la cobardía de los que no quieren sufrir, de los que no quieren enfrentar el terror inscripto en el propio cuerpo y, por lo tanto, viven dejando sufrir a los demás. Imposible es abrirse hacia los otros cuando la cobardía se presenta como la matriz instalada en lo más

profundo de sí mismo. Es por eso que cuando el coraje adviene, es, por los efectos que produce, siempre susceptible a transformarse en colectivo; se extiende y penetra como experiencia viva en cada uno.

La obra de León Rozitchner nos invita a prolongar la afectividad en el propio pensamiento; nos invita a no caer en palabras falsas que no expresan la verdad de un cuerpo que, de tanto pensar, se ha olvidado de sentir. No es posible estudiar las ideas sin revivir el coraje con el que éstas fueron pensadas. Sin percibir el cuerpo puesto en el texto: el cuerpo que ha tenido el valor de vencer ese riesgo de soledad y malestar que el terror nos impone como destino inexorable. Porque pensar –y no nos referimos al simple hecho de hablar, sino a decir algo distinto a lo que la realidad nos exige– implica siempre un riesgo. Y ese riesgo sólo puede ser vencido con este coraje del que nos habla Rozitchner. Las palabras, decía Simón Rodríguez, *se pintan con la boca*. El pensamiento aparece cuando el coraje de un cuerpo le da nacimiento, cuando éste se prolonga a sí mismo en palabras y se manifiesta hecho sonido, hecho grito, hecho furia.

Bibliografía

- Althusser, Louis. 2004. *Maquiavelo y nosotros*. Madrid: Ediciones Akal.
- Foucault, Michel. 2007. *Nacimiento de la biopolítica: curso en el Collège de France: 1978-1979*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rozitchner, León. 1967. *Ser Judío*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Rozitchner, León. 1997. *La cosa y la Cruz: en torno a las confesiones de San Agustín*. Buenos Aires: Editorial Lozada.
- Rozitchner, León. 2000. “La desaparición de personas como método de dominio político” en *Lote. Lo que nos tocó en suerte*. Nº 33, marzo del 2000, p. 04-13.
- Rozitchner, León. 2011a. *Acerca de la derrota y de los vencidos*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional; Quadrata.
- Rozitchner, León. 2011b. *Materialismo ensoñado*. Buenos Aires: Tinta Limón.

- Rozitchner, León. 2012. *Filosofía y emancipación: Simón Rodríguez, el triunfo del fracaso ejemplar*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Rozitchner, León. 2013a. *Freud y los límites del individualismo burgués*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Rozitchner, León. 2013b. *Levinas: o la filosofía de la consolación*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Rozitchner, León. 2015. *Malvinas: de la guerra sucia a la guerra limpia: el punto ciego de la crítica política*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Marx, Karl. 2010. *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Buenos Aires: Colihue.
- Villareal, Juan. 1985. "Los hilos sociales del poder" en, *Crisis de la dictadura argentina* (201-281). Buenos Aires: Siglo XXI.